



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

**Homilía en la Santa Misa de acción de gracias
por el V centenario de la Regla de la Orden de la Inmaculada Concepción
Iglesia del Monasterio de las MM. Concepcionistas (Ágreda) – 11 de septiembre de 2011**

Queridísimas MM. Concepcionistas;
queridos hijos de esta Villa de Ágreda:

Nos hemos reunido esta mañana en torno al altar del Señor, en la iglesia del Monasterio de las Madres concepcionistas, para celebrar el quinto centenario de la aprobación de la Regla y Forma de Vida de la Orden de la Inmaculada Concepción.

Celebrar estos quinientos años es un motivo más que suficiente para agradecer al Señor la existencia de esta Orden religiosa que tanta gloria ha dado a Dios a través de su existencia; que tanto bien ha hecho a infinidad de almas que han guiado sus existencias a través de ella como religiosas de esta Orden; igualmente, hoy damos gracias al Padre del Cielo por el gran bien que tantas personas han recibido del testimonio coherente y de la fidelidad de vida de las concepcionistas.

Así mismo, celebrar el quinto centenario de la aprobación de la Regla de esta Orden es también un motivo para renovar, queridas hermanas, vuestro compromiso con el estilo de vida que la Regla pide de vosotras y un impulso nuevo para seguir viviendo plenamente vuestra entrega al Señor en pobreza, castidad, obediencia y en el silencio de la clausura.

Vuestra vida como religiosas de clausura tiene como objetivo primero, como única y suprema norma de vida, el seguimiento de Cristo; ésa es vuestra regla suprema. El Señor, sirviéndose de distintas mediaciones, salió un día a vuestro encuentro personalmente, invitándoos a trabajar en su viña; así, en esa invitación, se produjo el encuentro del Señor con vosotras y el vuestro con el Esposo de vuestros corazones. Fue un primer encuentro, como el encuentro de dos personas que se conocen y se enamoran, y convierten el amor que mutuamente se entregan en la razón de su vida.

La invitación del Señor a trabajar en su viña, de esta forma tan peculiar e importante -desde la oración, el silencio, la pobreza, la castidad y la obediencia-, y vuestro encuentro con Él os ha llevado a tener a Cristo como el Tesoro escondido que encuentra el labrador que labra la tierra; como la perla preciosa de gran valor que encuentra el mercader de perlas finas y al que no le importa vender todo lo que tiene con tal de conseguir la hermosa perla.

Vosotras -en su llamada y en vuestra respuesta- habéis encontrado en Cristo el gran Tesoro escondido, la perla de gran valor que fascina y enamora, y que llena plenamente la vida, sintiendo que teniéndolo a Él no necesitáis nada ni a

nadie más. Es sólo Él el único Amor de vuestra vida que os seduce y os lleva a dejar todo lo demás -porque a su lado el resto de las cosas ha perdido su valor- para vivir solamente ya para el Esposo de vuestras almas.

Por eso, vosotras -aunque vivís pobremente, renunciando al mundo y a todos sus placeres terrenos- sois plenamente felices; lo sois porque lo que habéis dejado no es nada comparado con lo que habéis ganado: el más grande y exclusivo Amor de vuestra vida, Cristo, del cual os habéis enamorado y con el cual habéis querido desposaros para siempre. Ante esta realidad de la llamada del Señor y de la entrega de vuestra vida total y exclusivamente a Él -realidad aparentemente sencilla pero absolutamente grandiosa- y ante las maravillas que Dios ha hecho en vosotras, un sentimiento surge de modo espontáneo en este momento en nuestro corazón: la gratitud.

Sí, gratitud al Señor que un día salió al camino de vuestra vida, os miró con cariño y os dijo: "*venid conmigo, seguidme*", "*id también vosotras a trabajar a mi viña*"; a esta suave pero maravillosa voz, vosotras fuisteis capaces de responder con un "sí" generoso. Gratitud, así mismo, al Señor porque no sólo os llamó sino que os ha ayudado a responder; su gracia ha estado presente en todo momento en vuestra vida y -¡estad seguras!- seguirá acompañándoos siempre para que seáis fieles a vuestros compromisos esponsales. Gratitud, en definitiva, por todas las religiosas de la Orden de la Inmaculada Concepción (¡cómo no recordar ahora a la Venerable Sor María Jesús de Ágreda!) que tanto bien han hecho en la Iglesia con sus vidas santas, con sus escritos y su oración, con sus existencias entregadas a Dios.

Queridas hijas concepcionistas: el seguimiento de Cristo, la respuesta positiva a la invitación del Señor de ir a trabajar en su viña tiene en vosotras como carisma y peculiaridad el seguimiento desde la contemplación del inefable Misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, con un particular empeño por vuestra parte de imitar y reproducir sus virtudes.

La contemplación del *Misterio Inmaculista* lleva a la concepcionista a proclamar la grandeza del Señor que exaltó de manera tan extraordinaria a la Virgen, realizando en ella una obra tan extraordinariamente grande como liberarla del pecado original haciendo que -ya desde el mismo momento de la concepción- fuera concebida sin mancha ni pecado. Esta contemplación del Misterio de la Inmaculada debe llevaros a responder al Señor -como la Santísima Madre de Dios- con un amor puro; debe moveros a imitar su conducta llena de inocencia; debe induciros a seguirla por el camino de la humildad, que todo lo acepta, y de la obediencia, que todo lo entrega al Señor.

Hoy es un día para recordaros, queridas concepcionistas, que la contemplación de este Misterio de la Virgen debe llevaros a tener vuestro corazón siempre bien lleno de gratitud; un corazón repleto de agradecimiento al Señor porque también en vosotras Él ha hecho obras grandes llamándoos a su servicio y ayudándoos a que respondierais con generosidad a su llamada.

Pero junto a la grandeza del Señor, que ha hecho obras tan maravillosas en María, nosotros tenemos que contemplar y tener muy presente *“la pequeñez de su esclava”*, la humildad de María. En efecto, la contemplación de la pequeñez de la Virgen Madre debe ayudarnos a ser conscientes de nuestra propia insignificancia, que necesita en todo momento que el Señor supla con su gracia lo que solos nunca podríamos conseguir (ser fieles a la llamada del Señor, a la respuesta generosa con la que un día nos comprometimos, etc.)

Nuestra pequeñez nos hace estar especialmente necesitados de la oración; a ella debemos dar absoluta primacía en nuestra vida espiritual, especialmente a la oración de petición al Señor para que -especialmente en estos tiempos que corren, nosotros, consagrados a Él por el sacerdocio o la vida religiosa- seamos siempre fieles a los compromisos adquiridos, y para que sigamos respondiendo positivamente a su llamada que nos sigue enviando -cada día, cada momento de nuestra vida- a trabajar en su viña; a vosotras, hermanas, el Dueño de la viña os pide que lo hagáis desde vuestra vida de oración, silencio, sin propio alguno, en castidad y obediencia.

Queridas hermanas: celebremos hoy este quinto centenario de la aprobación de vuestra Regla y Forma de Vida. Esta jornada es una ocasión magnífica para renovar -en vuestro corazón y en vuestra vida concreta- vuestra entrega radical al Señor a imitación y desde la contemplación de la Inmaculada Virgen María, encarnando en vosotras aquellas mismas actitudes que ella vivió en su entrega al plan amoroso que Dios trazó desde toda la eternidad para ella; sintiéndoos humildes y pobres y -al mismo tiempo- exultantes de gozo porque el Señor también ha hecho realmente obras grandes en vosotras y a través vuestro, lo mismo que las hizo en la Madre de Dios.

Que el Señor que os ha acompañado como Orden religiosa siempre y ha encauzado miles de respuestas concretas a través de esta Regla durante estos quinientos años siga siendo vuestro aliento y vuestro apoyo; que Él os conceda la gracia de seguir respondiéndole con generosidad y total entrega de vida como lo hizo Santa María.

Que, ahora y por siempre, Dios os siga cuidando y bendiciendo. Que así sea.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria